

SEMBLANZA DE UN HIDALGO: TOMÁS POLANCO ALCÁNTARA

PROF. ENRIQUE URDANETA FONTIVEROS*

* Profesor Titular de Derecho Civil en la Facultad de Derecho de la Universidad Católica Andrés Bello (Caracas). Individuo de Número de la Academia de Ciencias Políticas y Sociales.

Johann Ludwig Tieck (1773-1853), dramaturgo romántico alemán muy inspirado por el genial Goethe, y quien fuera un renombrado traductor de Cervantes y Shakespeare, dijo en una oportunidad: “Un hombre que es noble es solo una imagen de Dios”. Esta frase parece calzar a medida con la personalidad y la vida del Dr. Tomás Polanco Alcántara. A la incansable energía para trabajar de Polanco, a su devoción por el Derecho, a su amor por la historia patria y a su nobleza y humildad singulares, se debe sumar su profunda fe católica. En él la hidalguía provenía genuinamente de Dios.

Tuve la fortuna y la dicha de conocerlo. Si bien no fui un amigo cercano, atesoro en la memoria momentos estelares de nuestra actuación en asuntos profesionales de relevancia, o en actos públicos en los que tuve el honor de compartir tribuna con él. También me prestigia el haber asistido a muchas de sus conferencias y clases magistrales, así como el haber sido profesor de varios de sus hijos y nietos.

Cuando estamos ante una personalidad de tal alcance y significación como la de Polanco Alcántara, quien lo observa se siente motivado a perseguir metas superiores. Ese es el anhelo que produce su ejemplo. Su trato bondadoso y afable, sus maneras gentiles y suaves, su hablar bajo pero emocionado, su asertividad y cultura, no dejan sino la imagen de un hombre sabio y virtuoso, profundamente religioso, que prodigó su sabiduría sin mezquindad.

Imitando su conocida modestia cuando titulaba sus rigurosos libros, me atrevo a decir que esta brevísima semblanza apenas será una aproximación, un esbozo de una vida plena de logros y realizaciones. No es posible abarcar en pocas líneas el inmenso legado y la contribución al acervo intelectual de Venezuela que nos dejó el Dr. Polanco Alcántara. Su bibliografía pasa de los 30 títulos. Me limitaré entonces a plasmar aquí mis impresiones personales y referencias, así como lo

que en mi criterio constituyen algunas manifestaciones perdurables de su creación y trabajo.

Tomás Polanco Alcántara nació en Caracas el 25 de septiembre de 1927 y falleció en esa misma ciudad, que quiso y reverenció, el 20 de diciembre de 2002. Hijo de Don Tomás Polanco Martínez y de Doña Isabel Alcántara Orta. De sus antecesores directos le viene parte de la nobleza que lo acompañaba. Su padre, al que siempre le rindió afecto, admiración y agradecimiento en las dedicatorias de sus propios libros, fue una figura de enorme impacto en él. Polanco Martínez fue el autor de un texto seminal de la historia de la economía venezolana. En 1950 publica en Caracas, bajo el sello de la Editorial Ancora, el primer tomo de *Esbozo sobre historia económica venezolana: primera etapa, la colonia 1498-1810*. El libro durante la década del 50 del siglo pasado se volvió de consulta obligada. El nombre de Polanco Martínez quedaría inscrito en una lista de eminentes historiadores que trabajaron el pasado económico del país como Uslar Pietri, Brito Figueroa, Venegas Filar-do o Arcila Farías. Luego en 1960, ahora en Madrid y con la Editorial Guadarrama, se reeditaría ese primer tomo y se añadiría un segundo: *La república, 1811-1859*. Quedaría entonces esa obra muy lejos de ser solo un esbozo. Es posible que este gesto de modestia haya calado muy hondamente en Polanco Alcántara, de allí que imitara a su padre en aquello de titular algunos de sus propios libros con el recato con que lo hizo. Bástenos recordar algunas de sus más celebradas producciones: *Juan Vicente Gómez. Aproximación a una biografía*, *Simón Bolívar. Ensayo de una interpretación biográfica a través de sus documentos* o *Francisco de Miranda. Bosquejo de una biografía ¿don Juan o don Quijote?*

Aunque hoy luzcan algo olvidados, estos dos tomos de Polanco Martínez son sin dudarle una gran contribución a la comprensión del hecho histórico de la economía nacional desde una perspectiva moderna y novedosa.

El día 22 de julio de 1950, un poco después del mediodía, Tomás Polanco Alcántara, a la sazón con 22 años, recibía del Dr. Julio de Armas, rector de la Universidad Central de Venezuela, el título de Doctor en Ciencias Políticas. Era parte de la Promoción “Fermín Toro” y fue el seleccionado para dar el discurso de orden en nombre de los graduandos desde la Tribuna de Santo Tomás de Aquino del antiguo Convento

de San Francisco. Sabemos con tanta precisión este hecho porque el propio Polanco, en un libro llamado *Yo, Abogado de este domicilio*, dejó testimonio de aquello. Incluso revela que cuatro días después la Corte Suprema del Distrito Federal le expidió el título de Abogado de la República. Este es un evento de significación fundamental en su vida. Como lo dijo en innumerables oportunidades, de palabra y por escrito, Polanco Alcántara siempre fue antes que todo un abogado. Privilegió su profesión porque su vocación y sus anhelos estaban volcados en ella. Amó el Derecho y rindió honores a la justicia y la búsqueda de la verdad. Aunque destacó como historiador, profesor universitario, ensayista, diplomático y académico, siempre se vio primero como jurista. Disfrutaba mucho litigar, ser consultor y asesor de entidades públicas o privadas, despachar desde su bufete, ubicado entre las esquinas de Jesuitas y Tienda Honda, al que le dedicó muchos años de ejercicio profesional. Solía decir “Usted no es su *curriculum*, es su trabajo”. Ese rasgo habla de un hombre que siempre entendió el trabajo como una manera de superación personal, una actividad que dignifica y ennoblece, un camino legítimo y honesto para lograr la estabilidad económica y el sustento de la familia.

Al hablar de su familia creo no errar al asegurar que para Polanco Alcántara ella fue siempre el eje y centro de su existencia. Se unió en matrimonio con María Antonia Fernández Jiménez el 3 de diciembre de 1954. Doña María Antonia fue la compañera perfecta de Polanco Alcántara. Su unión fue bendecida con nueve hijos: Tomás, Francisco, Manuel, Andrés, Alberto, Eduardo, Valentina, Irene y Beatriz. De sus hijos, cuatro siguieron los pasos del padre y se formaron en el Derecho. Fue un devoto esposo y un padre ejemplar.

Y si soñó y se esforzó por sus hijos, también se dedicó con devoción a sus alumnos. Su trayectoria como profesor universitario es dilatada y extensa. Fue Profesor Titular en la Universidad Central de Venezuela (UCV) y en la Universidad Católica Andrés Bello (UCAB) en las que dictó, a nivel de pre-grado y post-grado, las cátedras de Derecho Constitucional, Derecho Administrativo General, Derecho Administrativo Especial, Derecho Bancario, Transformaciones de la Propiedad, Derecho y Desarrollo, Problemas Jurídicos de la Transferencia de Tecnología y Régimen de los Derechos Humanos. Fue Miembro del Consejo de

la Facultad de Derecho de la Universidad Central de Venezuela, Jefe de la Cátedra de Derecho Administrativo de esa Facultad y Auxiliar de Investigación del Instituto de Derecho Público de la Universidad Central de Venezuela. Este enorme abanico de especialidades revela un espíritu renacentista. Para él, saber y conocer constituían dimensiones holísticas del ser humano. De allí que en la presentación de su mencionada obra *Yo, Abogado de este domicilio* escribiera:

No he querido ni pretendido ser nunca especialista en una cualquiera de las ramas del derecho, sino que, siguiendo los consejos de mis maestros más destacados de la Facultad de Derecho, entre los cuales recuerdo con afecto al Dr. Antonio Moles Caubet, he procurado asomarme con más o menos profundidad a distintos aspectos de la ciencia jurídica¹.

Justamente con su maestro Antonio Moles Caubet y también con el eminente jurista Manuel García Pelayo, Polanco participó en los trabajos de redacción de la Constitución de 1961. Esa que fue el resultado de dos arduos años de trabajo y casi doscientas reuniones en el electo Congreso de la República. Pero además Polanco formó parte de muchas comisiones redactoras de proyectos de leyes en los Ministerios de Relaciones Interiores, Hacienda, Justicia, Educación, y de Agricultura y Cría. Se puede decir que Tomás Polanco Alcántara tuvo una participación activa en buena parte de nuestro andamiaje legislativo moderno, andamiaje luego atropellado y demolido en lo que va de este siglo por los últimos gobiernos.

Su producción doctrinaria en el campo de las ciencias jurídicas es relevante y sólida. Es autor de numerosas obras jurídicas, entre las cuales cabe destacar las siguientes: *La Administración Pública* (1952); *Derecho Administrativo Especial* (1958); *La empresa bancaria y su control* (1961); *La libertad religiosa en la declaración de los derechos humanos y en el ordenamiento jurídico venezolano* (1966); *Esquema de un nuevo derecho* (1982); *Tres ángulos del derecho* (1985); y *Yo, Abogado de este domicilio* (1987).

¹ Tomás Polanco Alcántara, *Yo, Abogado de este domicilio*, Serie Estudios, Biblioteca de la Academia de Ciencias Políticas y Sociales, Caracas, 1987, p. 28.

En la judicatura se desempeñó como Magistrado Suplente y Conjuez de la Corte Federal, de la Corte Suprema de Justicia y de la Corte Primera de lo Contencioso Administrativo.

Su destacada labor en el campo de las ciencias jurídicas no pasó inadvertida. Y han debido ser su cultura, carácter y personalidad los que le llevaron a la vida diplomática. Polanco se desempeñó con distinción en las Embajadas de Venezuela en Chile y en España, país en el que recibió reconocimientos tan relevantes como la Orden Isabel La Católica o la Alfonso X, ambas en 1974. Estuvo al frente de la Delegación Permanente de Venezuela en la Oficina de las Naciones Unidas con sede en Ginebra, a más de ser Representante Permanente de Venezuela ante la Organización Internacional del Trabajo (OIT).

El doctor Polanco Alcántara fue un acucioso investigador de nuestro proceso político y social, así como un eminente historiador. En Polanco estudiar y escribir de historia ocurriría por un proceso lógico y natural. Al ser un intelectual tan consustanciado con su gentilicio y su tierra, resultaría más que obvio que se adentrara en esa aventura colosal que es nuestra historia patria. Allí contaría con un guía insigne y de gran prestigio: su maestro Augusto Mijares.

Mijares es un historiador que focaliza su trabajo en dos constantes que lo definen: la vida, obra, pensamiento e influencia de Simón Bolívar en nuestra realidad, y el optimismo y la esperanza como resorte de nuestro pasado, presente y futuro. Al ser Mijares amigo cercano del padre de Polanco, es indudable que la influencia entrara por los espacios del hogar.

Pero además entre el profesor Mijares y el alumno se construyen paralelismos que impresionan: Polanco Alcántara es quien ocupa el sillón que deja vacante Mijares al morir en la Academia de Ciencias Políticas y Sociales y también en la Academia Nacional de la Historia. Ambos figuran entre las muy contadas personas que formarán parte de tres Academias nacionales, pues uno y otro fueron también miembros activos de la Academia Venezolana de la Lengua. Ese solo hecho pone de relieve su alta estatura intelectual y académica, así como la relevancia cualitativa de su obra en el campo de las letras, las ciencias sociales y el desarrollo de la cultura.

Pero antes, en los años setenta del siglo pasado, Polanco sucede a Mijares, aunque con muchos años de distancia, en la Legación de Venezuela en España con el rango de Embajador, investidura que inaugurara don Augusto Mijares. Además, está el hecho de que Mijares y Polanco Alcántara, cada uno en su tiempo y desde su óptica, produjeron sendos textos biográficos sobre el Libertador.

Aunque la obra histórica de Polanco es amplia y variada, sobresale principalmente en el género de la biografía, al punto de considerársele “el más grande y prolífico de los biógrafos venezolanos”. A su pluma se deberán los registros vitales de Francisco de Miranda, el Libertador Simón Bolívar, José Antonio Páez, Antonio Guzmán Blanco; y en la contemporaneidad, las biografías de Gil Fortoul, Pedro Emilio Coll, Caracciolo Parra Pérez, a su vez maestro de su maestro, Augusto Mijares, de Juan Vicente Gómez y de Eleazar López Contreras. Todas obras estimables y de hondo calado en la bibliografía de los personajes estudiados.

Como biógrafo, su estilo diáfano y claro alcanzó a muchos lectores. Sus libros eran muy populares. Quizás el no haber sido historiador por estudios, le permitió tener mayor libertad metodológica. Aunque también es menester decir que cuando asumió esa carrera lo hizo con el mayor rigor y profesionalismo. Polanco fue un biógrafo que siempre trabajó primordialmente con fuentes primarias haciendo de sus textos producciones de gran calidad y fidelidad.

Ese interés biográfico se extendió hasta el punto de preparar casi cincuenta pequeños ensayos de vidas relevantes de nuestra historia, publicados en diferentes medios y libros. Gracias a la Academia Nacional de la Historia y el Banco Nacional de Ahorro y Préstamo, estos trabajos fueron recopilados en un solo volumen titulado *Venezuela y sus personajes* en 1997. Precisamente en ese libro se pone de manifiesto la imperturbable modestia de Polanco. Modestia que le lleva a incluir al final del libro unas disculpas. Algo absolutamente inusual y extraño, vedado muchas veces por el ego de los autores, pero que en él, por el contrario, se vuelve punto de honor e hidalguía. En esas disculpas finales dice:

Después de entregadas a las prensas las páginas de este libro me di cuenta, leyendo la excelente obra de mi querido amigo Doctor

Fernando Rísquez, Aproximación a la Femenidad, que yo había cometido la inadvertencia de no incluir a ninguna venezolana entre los personajes a quienes me refiero².

Después de señalar que solo había una dama entre los personajes biografiados, la Reina Isabel, Polanco exalta las virtudes de la mujer venezolana en los siguientes términos:

Es la madre, que con una dolorosa alegría forma a su hijo y lo prepara para la vida. Las múltiples novias (y remarco el plural) de la etapa juvenil. La esposa prudente, segura y serena que nos acompaña toda la vida. Las hijas y las nietas. La mujer que desarrolla sus facultades en el arte, en las letras, en las ciencias. La enfermera que atiende afectuosamente a sus enfermos. La maestra que cuida con amor a sus alumnos. La secretaria que sostiene una oficina. La obrerita anónima que cumple su labor diaria. Las enérgicas profesionales que, a modo de ejemplos modernos de Pallas Athenea, para seguir los arquetipos de Fernando Rísquez, hacen funcionar empresas, organismos, oficinas públicas y privadas. Las múltiples Afroditas, deliciosas y lejanas, que brincan de un color a otro en la televisión. (...)

Cuando era estudiante oí decir, una vez en clase, a Don Lucho Villalba, que nuestro país había sido hecho por las mujeres, por esas madres que, abandonadas o no, supieron y saben dar a sus hijos, color, calor, energías físicas y espirituales para enfrentarse a la vida. Es verdad, debí incluir a un personaje femenino...³

Este *mea culpa* habla de un hombre noble, de un intelectual que nunca creyó en su infalibilidad, ni se ufanó de sus conocimientos o hizo alarde de su sabiduría. De un hombre tocado por esa luz del entendimiento que es la humildad.

Así lo recuerdo. Y la imagen pasada llega a mi mente con la vivencia del presente. Se inauguraba una escultura de la renombrada y hoy desaparecida artista plástica Marisol Escobar. Corre el año de 1992. Estamos en el marco de los quinientos años del descubrimiento de

² Tomás Polanco Alcántara, “Mis disculpas”, en *Venezuela y sus personajes*, Academia Nacional de la Historia, Caracas, 1997, p. 507.

³ *Ibid.* p.508.

América. La Plaza La Castellana, llamada Isabel la Católica, a instancia del desaparecido Banco Consolidado exhibe una nueva cara con la obra escultórica. El convocado a dar el discurso de orden es el Dr. Polanco Alcántara. Me han invitado y lo acompaño como espectador. Lo escucho. Sus palabras son hermosas y emotivas. Pero entonces reparo en que a su lado está Isabel La Católica, una reina, una dama. Y él modestamente la alaba y pondera. Habla con severa elocuencia de historia. De lo que somos, de lo que fuimos, de lo que seremos. Pero ahora no puedo dejar de pensar en que ante aquella reina de bronce el orador era su caballero. Un hidalgo cuya alabarda fue la palabra y su escudo el conocimiento. El título de esta semblanza fue oportuno. Tomás Polanco Alcántara fue abogado, historiador, diplomático, profesor, académico, pero por sobre todo hidalgo.

Caracas, septiembre de 2021